

Universidades Tipilipopas

Luis A. González Pérez
Universidad de Puerto Rico en Arecibo

Las Universidades Tipilipopas son muy similares a todas las demás. A simple vista no difieren las unas de las otras. Las primeras derivan su nombre del perfil de la mayoría de los profesores que la componen. Las características más notables de estos profesores resaltan a la vista inmediatamente.

En primer lugar, su única relación con la educación es el hecho de que dan clases. Sus conocimientos rudimentarios de esa materia, consisten de cuatro elementos básicos: tiza, pizarra, libro y “power point”. De las siglas de esos tres elementos está compuesto su nombre; tipilipopo.

Dichos profesores siempre están al día en las materias que enseñan. Invariablemente al inicio de todos los años académicos, sus estudiantes descubren esta cualidad, cuando el profesor, a los cinco minutos de iniciada la clase, muestra con orgullo y satisfacción, el immaculado y reluciente ejemplar- con olor todavía a tinta fresca- el “desk copy” de la octava edición del libro de texto. Si por casualidad algún estudiante lleva consigo la séptima edición del mismo libro utilizado por su hermano el año anterior, sentirá la más triste decepción, al no poder ahorrarse noventa dólares, pues el profesor anuncia que la referida edición no está permitida. La más reciente ha sido revisada y ampliada, con un apéndice, donde se han incluido nuevos ejercicios para cada capítulo. “A la universidad se viene para estar al día”: que no quepa la menor duda.

En esa universidad se destacan los que incorporan las últimas tecnologías en el salón de clases, mediante el uso del extraordinario recurso del ‘power point’. Hay momentos en que les embarga la misma sensación de Narciso frente a la fuente. Su identificación con la computadora es tal, que si por bromas del destino no hay manera de montar la presentación, su cerebro se queda como el del espantapájaros de Dorothy; vacío. Sin embargo, no hay por qué decepcionarse pues los más sofisticados están inmunes a estos contratiempos.

La cualidad mas sobresaliente es la capacidad envidiable para dar su opinión sobre cualquier asunto, aunque no sea de su competencia; compulsión papagallezca, exacerbada a la menor provocación. Con su erudición “Reader Digest” provocan confusión, no porque sean cicerones, sino porque a veces muestran rasgos muy cercanos genéticamente a las urracas.

Cuando se conjugan todos estos elementos, desarrollan una personalidad con rasgos esquizofrénicos; a la menor provocación se trasforman en carpinteros; todo lo quieren convertir en tablas: informes, planes, notas, nada se salva en el taller de los espíritus ebanistas. Descienden de la estirpe de los Geppetto y son primos cercanos de Pinocho.

Los “modalómanos” son ejemplares de tercera generación. Están siempre un paso al frente en lo último de las tecnologías. Para lograrlo han incorporado las nanotecnologías a sus organismos; están equipados con unas antenitas de vinil, mejores que las del Chapulín. Éstas antenitas vienen con un procesador Intel-I-5 de 2.2 Ghz, integrado, cuatro GB de Ram, que a la velocidad de la luz, reciben el “up grade on line” de la más reciente moda educativa. El procesador de las antenitas tiene una función que sólo trabaja en automático, la cual borra todo vestigio de las modas educativas anteriores, al identificarlas como virus (“spams”, gusanos o troyanos); sean éstas el “pensamiento crítico”-“oldie” ochentoso- el TQM y los portafolios. ¡Qué se prepare el “assessment”!; ni él se salvará de semejante “malaware”. Tan pronto reciben vía satélite, los pormenores de la más reciente moda educativa, corren como frenéticos a planificar el siguiente taller para poner al día a los que no poseen sus recursos tecnológicos. ¡Almas muy desprendidas las de los modalómanos!

Mención aparte merecen los aristocacas. Éstos no caminan por ningún lugar donde no hayan desenrollado, de ante mano, la alfombra roja. Son acreedores de todas las distinciones académicas. Por eso cuando no se les reconoce -lo que ocurre las más de las veces- no dudan en exigir vehementemente, lo que en justicia les corresponde. Poseen los reconocimientos más altos que un académico pueda alcanzar; no una, sino en incontables ocasiones, han sido honrados con los “Horroris Causa”, los “Suma Cum

Plasta” y nombrados a la “Cátedra Newton”; por si las moscas, no el de la manzanas, sino el de las galletitas de higos.

Los profesores tipilipos se agrupan en dos categorías: los impermeables, a quienes les resbala todo lo de la universidad; y los misioneros, para quienes la universidad es su cruzada. Los primeros se pasean imperturbables por los pasillos y salones, cuales monjes tibetanos; los segundos vagan como fantasmas solitarios por los mismos lugares sin importar que sean las cuatro de la madrugada una víspera de navidad. Estos últimos ocupan todos los organismos representativos y están siempre dispuestos al sacrificio por la institución. Por lo tanto, cuando éstos se esparcen por todos los rincones de la universidad y se convierten en administradores tipilipos, la universidad sufre así su transubstanciación tipilipópica. Llegado a este punto, el proceso es casi irreversible.

La vida, la salud-física y mental- de los ejemplares no tipilipóticos y de la misma universidad, corren un grave peligro, cuando navega por todas las esquinas el germen tipilipótico. Veamos un caso típico.

El administrador tipilipótico cita una reunión extraordinaria un viernes de finales del año académico, a la una de la tarde. Los puntos de la agenda son: el plan de retención, el “assessment” institucional, el informe del comité ad-hoc sobre la cafetería, la evaluación de las distinciones académicas para la próxima graduación y asuntos nuevos.

Es la una y media y han llegado sólo cuatro senadores académicos; tres no-tipilipóticos y uno tipilipótico. Poco a poco van llegando los demás y se logra el quorum, a la una y cincuenta minutos. El presidente del cuerpo anuncia que, como el primer punto de la agenda es tan neurálgico, ha decidido darle la mayor oportunidad a la discusión, por lo cual todos podrán expresar su parecer. Así comienzan a subir los niveles de presión sanguínea de los no-tipilipóticos, pues los otros ejemplares que esperan su turno, poseen unas habilidades castrenses-del de Cuba- que serían la envidia de Papo Swing, de Cantinflas y hasta harían sonrojar a Dale Carnegie; augurio de que la cosa va para largo.

---- Pide el primer turno el profesor tipilipótico A y lanza su argumento sobre el primer punto: “Los estudiantes son nuestra razón de ser, por lo tanto tenemos que hacer nuestro mayor esfuerzo para evitar que se marchen de la universidad”. Continúa con los

ejemplos de las estrategias pedagógicas aplicadas por él para estos propósitos. Suelta impávidamente unas digresiones con la profundidad filosófica propia de un Benigno Orante, lo cual le permite consumir quince minutos de ilustración cegadora. Los demás senadores tipilipópicos quedan en un trance delfico. Por fin termina. Respiro de relajación para los no-tipilipópicos.

---- Levanta la mano para consumir su turno la profesora tipilipópica B. En las universidades tipilipópicas no se discrimina por género, claro está. En ese momento se disparan los niveles de la presión sanguínea, de estrés y de angustia de los no tipilipópicos, pues la mencionada profesora padece del “síndrome de la cotorrus tipilipopicus”, caracterizado por una capacidad para la oratoria cantinflasca, que cuando entra en su etapa de frenesí, se asemeja a los inagotables manantiales del paraíso y a los torrentes diluvianos bíblicos. En este punto el senador no-tipilipópico 1 calcula la posible hora de salida de la reunión y se da cuenta de su triste realidad; caerá la tarde, y llegará la noche, escuchando las maravillas de las propuestas originalísimas de los restantes deponentes. Mira para el rincón donde siempre están las meriendas, buscando calmar su ansiedad y angustia; se dirige hacia la mesa donde las han colocado, y descubre con hondo pesar, que sólo han traído un termo de café, unas donas glaseadas, Coca Cola regular y de dieta, por supuesto; un pequeño ramillete de uvas y unas botellas de agua “Member’s Mark”. En ese instante le golpea de frente una triste realidad: las universidades tipilipópicas también lloran; aquí también la crisis del país mostró sus garras con saña. El desamparo se multiplica debido a la tacañería del administrador tipilipópico, quien ordenó esa merienda tan frugal. Se excusó con que era viernes y con la congelación del presupuesto desde abril. ¡Qué bien me caería unos sandwichitos de mezcla!, pensó para sus adentros.

La presentación de las demás propuestas están acompañada de sus respectivas consignas: el senador tipilipópico C dijo: “tenemos que ser creativos, desarrollando estrategias que tomen en cuenta este mundo tecnológico que les ha tocado vivir”; La senadora D, planteó-“Hay que darle mayor atención individualizada, más atención personal, estar atento a las manifestaciones de sus problemas”; la E sentencia-“Hay que

hacer esfuerzos por darles seguimiento, llamándoles, enviándoles correos electrónicos, buscándoles en los salones si fuese necesario”.

---- El senador tipilipópico estudiantil pide su turno -faltaría más- pues las universidades tipilipópicas y los profesores tipilipópicos producen estudiantes líderes tipilipópicos. “Necesitamos que se construya un estacionamiento multipisos que solucione el problema crónico de estacionamiento”. Tal vez algún extraño polvo sureño le impulse a pensar que también la universidad sea “parking”.

El senador tipilipópico F presenta una moción de receso de quince minutos para consumir su merienda, a lo que reacciona el Senador tipilipópico 2, solicitando un cambio en la agenda para que sólo se considere el punto en discusión. El senador tipilipópico G, que siempre ha mostrado buenos dotes de diplomático, reconoce lo razonable de la solicitud. Sin embargo, la senadora tipilipópica B la condiciona a que se le dé la oportunidad de presentar dos asuntos pendientes, cuya información es muy importante: “el informe del comité de ley y reglamento sobre la enmienda al reglamento de tránsito que cambiará la dirección de la circulación vehicular dentro de la institución”; “la solicitud para nombrar un comité que estudie la posibilidad de cambiar los colores oficiales de la institución, dentro de las oficinas. En el comité incluirá a los oficiales de salud y seguridad para asegurarse de que cumpla con las normas de un medio ambiente amigable y ajustado a los principios del Feng Shui”. La misma se aprueba.

Ya los niveles de la presión arterial, de estrés y de angustia del senador no-tipilipópico 1 están en la estratósfera. De momento, siente un pinchazo en el medio del corazón. Todo se detiene.

Notó que de pronto todo había cambiado, y le invadió una sensación de alivio. Le tomó unos minutos de observación detenida, para comprender el significado de esa sensación. Acababa de despertar del estado de inconciencia en el que estuvo por dos días, luego de haber sido sacado de la reunión en una ambulancia, de emergencia, al no soportar su debilitado corazón el tener que escuchar los dos informes de la senadora tipilipópica B, quien entró en el estado de frenesí del síndrome “cotorris tipilipópicus”; ésta dejó fluir toda su imaginación al explicar con lujo de detalles los pormenores de la ambientación y las bondades del Feng Shui. Pero ni Quai Shan Queing, con todos sus

años de entrenamiento en el templo Shaolín, podía soportar esa inhumana tortura, un viernes a las siete y treinta de la noche.

Por un momento creyó que toda la referida reunión no se había llevado a cabo; que todo era un sueño, producto de los medicamentos de sedación para tratar su condición cardíaca. Un hilo de alegría se dibujó en sus labios al saberse lejos del punto cero de la epidemia... ¿o será de la academia? Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.